

Necesidad de la filosofía ante la problemática social latinoamericana

2

The need of philosophy in the Latin American social problem

DOI: 10.18226/21784612.v22.n3.2

Benjamín Panduro Muñoz*
Claudia Battestin**
Hildegard Susana Jung***

Resumen: El presente artículo se dedica al tema del papel de la filosofía en Latinoamérica. El objetivo consiste en reflexionar sobre la importancia de la filosofía en el contexto de la contemporaneidad y, en el caso de América Latina, de su problemática social. Escándalos de corrupción en países como México y Brasil, sólo es la punta del iceberg de toda una situación estructural que impide que los procesos de la administración pública se den de manera coherente, eficiente y transparente. Con metodología cualitativa y teórica, busca revisar críticamente los conceptos, visiones y preceptos fundamentales de nuestra cultura regional para valorarlos y tener un punto de referencia ante la oferta de rutas de comportamiento descomprometidas con el ser humano. Los resultados de la investigación señalan que la filosofía social es de gran importancia, abordando los problemas generales de la sociedad para que no se pierda la visión sobre lo humano. Aunque

* Profesor Investigador en Filosofía con especialidad en Filosofía Mexicana y Lógica Informal. Doctorado en Ciencias Sociales. Profesor Investigador de Tiempo Completo, Universidad de Colima. México. *E-mail:* bpanduro@ucol.mx>

** Doutora e Mestre em Educação pela Universidade Federal de Pelotas (UFPEL). Professora na Universidade do Alto Uruguai e das Missões (URI), *Campus* de Frederico Westphalen – RS. *E-mail:* <claudiabattestin@hotmail.com>

*** Doutoranda em Educação na Universidade La Salle – *Campus* Canoas. Bolsista Prosup/Capes. Mestre em Educação pela URI, *Campus* de Frederico Westphalen. *E-mail:* <hildegardsjung@gmail.com>

las ciencias sociales hayan avanzado mucho, con grandes resultados, no podemos quedarnos solamente con estos estudios pues negaríamos la posibilidad de recrear y alimentar la visión del ser humano; nos quedaríamos con una marcada tendencia hacia ciencia instrumental cimentada en un escepticismo ontológico, ético y antropológico. En este sentido, dejar de hacer filosofía sobre los problemas sociales es seguirles el juego a los escépticos del ser humano, es dejar que en nombre de la ciencia se aniquile la verdad; cosa vergonzosa, pues la búsqueda de la verdad es lo que le da sentido desde sus inicios a la actividad científica. Los problemas generales de la sociedad deben ser abordados también desde la filosofía para que la visión sobre lo humano de las personas no se pierda.

Palabras clave: Importancia de la filosofía. Filosofía social. Latinoamérica. Filosofía y contemporaneidad.

Abstract: The article aims to reflect the importance of philosophy in the context of contemporary and in the case of Latin America, its social problems. Corruption scandals in countries such as Mexico and Brazil are only the tip of the iceberg of a whole structural situation that prevents the processes of public administration from giving in a coherent, efficient and transparent manner. With a qualitative and theoretical methodology, it seeks to critically review the fundamental concepts, visions and precepts of our regional culture in order to value them and to have a point of reference regarding the offer of uncompromising forms of behavior with the human being. The results indicate that, social philosophy is of great importance, addressing the general problems of society so that one does not lose sight of the human being. Although the social sciences have advanced a lot, with great results, we can not only stay with these studies because we would deny the possibility of re-creating and feeding the vision of the human being; We would have a marked tendency towards instrumental science based on an ontological, ethical and anthropological skepticism. In this sense, to stop making philosophy about social problems is to follow the game of skeptics of the human being, is to let, in the name of science, to annihilate the truth; A shameful thing, for the search for truth is what gives it meaning from the principles of scientific activity. The general problems of society must also be approached from philosophy so that one does not lose the view that people have about the human.

Keywords: Importance of philosophy. Social philosophy. Latin America. Philosophy and contemporaneity.

Introduciendo el tema

Las situaciones escandalosas de corrupción en los países latinoamericanos como México y Brasil, sólo es la punta del iceberg de toda una situación estructural que impide que los procesos de la administración pública se den de manera coherente, eficiente y transparente. No es suficiente sostener que los esquemas públicos de administración en nuestra sociedad son premodernos y que, en consecuencia, se debe modernizar estos procedimientos mediante tecnología, cambio de actitudes y certificación internacional de procedimientos; esta perspectiva dejaría ver una óptica simplista y poco crítica de la situación, una visión miope que no alcanzaría ver más allá del sistema político económico que predomina en el tercer mundo de América.

Para realmente tener un impacto de fondo es necesario recurrir a la filosofía, es importante ahondar en los fundamentos y supuestos elementales que prevalecen en la sociedad y sustentan la cultura política; no basta con rastrear y ostentar una explicación sociológica o antropológica, es necesario, incidir en los conceptos de hombre, libertad, principios del comportamiento, comunidad, trabajo, sociedad, etc., para visualizar el deterioro de los conceptos operativos (o instituciones primarias) y de paso responsabilizar éticamente al sistema económico – político que tenemos por su participación en la formación (o descomposición) de un espacio político latinoamericano. La filosofía en la sociedad mexicana debe ser valorada como una ruta para llegar hasta las cuestiones elementales o fundamentales de la cultura y, a su vez, como método para reencontrarnos con una visión fronética que nos permita entender mejor a dónde queremos ir, como pueblo, desde nuestra propia perspectiva.

La fundamentalidad de los problemas filosóficos está manifiesta, no sólo porque implica las interrogantes básicas e insolubles del hombre, sino porque en realidad es imposible no tener un trasfondo ontológico en toda actividad humana. Los supuestos básicos de los que partimos en la modernidad no se han agotado: siguen riendo agazapados, observando a las personas representar el papel del individuo egoísta. Donde lo gracioso es que todos suponen que son libres y pueden llegar a tener todo el bienestar y confort que deseen, cuando en la práctica todo se reduce a subordinación, explotación, instrumentalización humana, enajenación y ridículo de la vida del ser humano.

La actitud individualista y pragmática que predomina hoy en día – gracias al secuestro de la opinión popular por parte de la plutocracia reinante

que tiene el control de los medios de comunicación – conlleva una visión elemental: supone que las totalidades supraindividuales son ficticias, artificiales y dependientes de los acuerdos entre los individuos, de tal manera que sería imposible hablar coherentemente de un espacio social donde la convivencia sea posible sin empeñar o comprometer la voluntad de cada individuo, todo estaría supeditado a la conciliación de intereses, y sobre todo, a la capacidad para hacerlos valer. Porque es claro que existe el supuesto de que todos tenemos intereses, lo que sí no es transparente, y francamente turbio, es de quiénes son los intereses que realmente importan. Entonces, esta visión ontológica que supone la existencia y actividad humana en un sistema neoliberal como se da en nuestro país, hacen posible que el robo y el abuso de los que más tienen sea un acto de justicia, mientras que el reclamo de los intereses de los individuos menos afortunados no tenga validez, o de plano sea un acto delictivo.

El caldo de cultivo del sistema económico (y político) voraz que tiene México, donde se mima con regalos (fobaproa, afores, beneficios fiscales, etc.) a banqueros y grandes empresarios – mientras se castiga a los que menos tienen –, es apuntalado por un escepticismo ontológico que erosiona la cultura mexicana a fuerza de promoción de un mundo ficticio de confort y comodidad, y de la poca importancia que le damos a lo que hemos sido, somos y queremos ser. Dicho en otras palabras: la promesa de bienestar que promueve el neoliberalismo en Latinoamérica es una *tomadura de pelo* para los que menos tienen, la lógica del sistema de mercado apunta hacia un claro beneficio de los que más tienen; mientras que sólo *apantalla* la conciencia de los que no comparte este privilegio. Este ofuscamiento de la conciencia se da porque el ámbito que fundamenta nuestro comportamiento como pueblo, se visualiza débilmente en las creencias, opiniones o prejuicios presentes en nuestras tradiciones, instituciones y costumbres; y encima de esto, se promociona reiteradamente un modelo de vida que implica otro tipo de perspectiva, que contrasta (y a la vez hace posible la simbiosis) con una identidad pomposa y superficial. La visión débil que tenemos de nuestra raigambre o idiosincrasia se da porque no ahondamos en ella, no reflexionamos: nos mantenemos de manera superficial ante lo que somos, porque no hemos revisado críticamente nuestro horizonte trascendental.

El espacio trascendental del pueblo de latinoamericano, lo que permite y soporta la existencia de un pueblo noble, está contenido en nuestra cultura, creencias y tradiciones: en la moralidad; este ámbito, que designamos como trascendental por estar presente en la visión fundamental de un pueblo, no es tácito o explícito, antes bien está bien protegido por un obvio velo que

repele una mirada simple. Para abordar este ámbito es necesario el diálogo filosófico, de forma tal llevado a cabo que incida en los conceptos elementales. Ante el embate de otros modelos de vida, que implican visiones más prácticas e individualistas, es necesario que nuestra reflexión rebase el ámbito de las ciencias sociales, y se sitúe en lo filosófico, sólo así podremos generar perspectivas de desarrollo acordes a lo que somos. Sólo de esta manera podremos crecer en nuestras raíces, para estar firmes ante la acometida de los modelos de vida centrados en el escepticismo moral, que sacrifican al hombre para rendirse ante la lógica simple y llana del Dinero.

Así, es importante revisar críticamente los conceptos, visiones y preceptos fundamentales que tenemos en nuestra cultura regional para valorarlos y tener un punto de referencia ante la oferta de rutas de comportamiento descomprometidas con el ser humano. Si no hacemos una reflexión a fondo de nuestros supuestos más elementales, la fuerza de la corriente pragmática e individualista se llevará nuestros anhelos de bienestar social. Lo que hace al hombre una persona es la cercanía con el ámbito trascendental. Cuando el pragmatismo – utilitarismo se hace presente en la sociedad este espacio que fundamenta a las personas se descompone.

En medio de la perspectiva individualista, atómica, aislada y la visión sistémica o estructural, se encuentra aquella visión que observa la función o dinámica de las personas en la comunidad. En realidad, entre la creencia ciega en el individuo, y la no menos aberrante creencia en las estructuras y los sistemas, es preferible la perspectiva que confía en la dinámica de la comunidad y el papel que juegan las personas en la sociedad, pues esta percepción trata de observar el ámbito trascendental humano a través del comportamiento de las personas; mientras que la confianza en el individuo y las estructuras deja completamente de lado lo que fundamenta el comportamiento social. Además, es más difícil dar cuenta de la estructura o del individuo como entes reales que hablar del grupo, la comunidad; es más fácil hablar de lo que somos y nos distingue que sobre la esencia de una sola persona; es mucho más sencillo explicar cómo se hacen las cosas en una determinada sociedad, que hablar sobre la esencia y naturaleza del sistema o las estructuras.

El ámbito de los problemas trascendentales

Uno de los grandes maestros de la sospecha, que más a contribuido a este cuestionamiento del ámbito del deber ser – deteriorado lugar donde se monta el modelo capitalista agresivo que se vive en el tercer mundo – es F.

Nietzsche. En realidad, la intención profunda de este pensador era llevar al hombre a contemplar la esfera del arte y la creatividad, desde donde lo moral quedaría rebasado; sin embargo, sólo logró reforzar el escepticismo moral que ya se respiraba antes de las dos guerras mundiales, y que ahora viene a cobijar el imperio del capitalismo salvaje en el tercer mundo.

¡Dios ha muerto¹... y su cadáver apesta!² El mundo suprasensible, lo metafísico, los ideales y los valores ya no son motivo o inspiración para la mayoría de los hombres que viven bajo el dominio de lo inmediato. La preocupación por satisfacer las necesidades más apremiantes ocupa la atención y la visión humana por completo. El cadáver de los ideales y valores sirven para restregarlos en la cara del enemigo y así ganar tiempo en esta encarnizada lucha por hacerse de medios para sobrevivir. El mundo de lo suprasensible hiede y fastidia a las personas que en la rutina son prácticas; se puede ver notoriamente cómo arriscan la nariz ante el reclamo de justicia y honestidad como sí, en efecto, de algo en descomposición se tratase. Al mismo tiempo se puede ver cómo los despojos de lo metafísico, como receptáculo de todos los ideales, son utilizados para adornar un discurso turbio y ambiguo donde se habla de democracia y bienestar para todos, cuando en realidad se piensa en el beneficio de unos cuantos; dónde se habla de justicia y transparencia cuando en realidad se quiere decir que todos aquellos que estorben a determinados intereses serán ajusticiados y evidenciados.

La frase sobre la muerte de Dios pregona el reinado del nihilismo, entendido como la *dictadura de la nada* (Heidegger, 1996) que remite al agotamiento del paradigma griego-cristiano para ofrecer pautas de vida, marca la debilidad en la procuración de rutas de comportamiento e impotencia para brindar senderos hacia la revolución o renovación radical de la forma que guarda la sociedad. El imperio de lo inmediato que sobresale en la conciencia del hombre contemporáneo, preocupado por resolver problemas cotidianos, inquieto por procurarse la satisfacción de sus necesidades más inmediatas, parece dominar el panorama social; en la política, la economía, y hasta en la educación se siente la apremiante urgencia de abocarse a lo práctico, a lo que deje dinero, irónicamente con resultados cada vez más dolorosos para la gran mayoría de los mexicanos. Mientras se contempla lo más próximo, nuestra visión se hace cada vez más torpe para

¹ Frase famosa de Nietzsche que aparece en varias de sus obras como: *El origen de la tragedia* (1870), *La gaya ciencia* (1882), *Así habló Zaratustra* (1883).

² Frase que se puede entender en la obra de Nietzsche de acuerdo a las alusiones que hace a la descomposición de lo metafísico.

enfocar lo que está más allá, el lugar de donde venimos y hacia donde podemos ir; de aquí que seamos un blanco perfecto ante la vendimia de la visión egoísta y consumista que implica un escepticismo moral.

En el ámbito público se mezclan los intereses de todos los sectores, prevaleciendo aquellos impulsos que van acompañados de alguna manera por el capital; y al final, el bloque en el poder, los beneficiados del sistema, siempre salen favorecidos a pesar del aparente desbarajuste en el discurso político, y a pesar, sobretodo, de las peroratas de los personajes públicos donde siempre estuvo presente la justicia, los pobres y los marginados. En el ámbito económico se habla de sanear las macroeconomías para que, de *manera lenta pero segura*, haya una reivindicación del poder adquisitivo de los que menos tienen; y sobra decir, que esto último nunca pasa, antes por el contrario, los que resultan beneficiados, en los ajustes que hacen los organismos reguladores de la economía mexicana, son los macrocapitales que curiosamente son de las familias felizmente acomodadas. En la educación se percibe un marcado y cerrado énfasis en el apoyo a la producción y el mercado denotando un pragmatismo pobre de ideas, incapaz de ver más allá de la técnica, que sólo produce más ignorancia y dependencia del exterior. El capital se posesiona de un pueblo con poca consistencia en su perspectiva trascendental, y crece a un ritmo acelerado inversamente proporcional a la visión fundamental propia.

Cuando una sociedad está abocada hacia la producción desde una perspectiva miope, circunscrita a lo instrumental, los individuos se enajenan y se perciben como meros insumos del mercado o mano de obra en el mejor de los casos, y como una pieza obsoleta que no tiene cabida en la maquinaria social y que para sobrevivir tiene que delinquir, esto, en el peor de los casos. El nihilismo se presenta en nuestra sociedad como falta de estimulación para creer en el cambio, se manifiesta como apatía en el sistema político-económico a sabiendas que hágase lo que se haga siempre se estará igual o peor; y que, irónicamente, la única forma de salir adelante dentro de la sociedad neoliberal es burlando las normas y procedimientos propios para hacerse de buenos ingresos.

Es cierto lo que señala Nietzsche sobre la apatía ante los ideales, los valores, lo divino y lo metafísico en general ante la encrucijada que ofrece la sociedad contemporánea, sobretodo en los países tercermundistas. La descomposición de patrones o modelos de conducta deseables hacen aparecer a las *moscas*: antes que hacen de la podredumbre su hogar, pero que a su vez anuncian la desolación y el abandono. La presencia de las moscas de la plaza

– *Fliegen des Marktes* (Nietzsche, 1994), es símbolo de la dejadez y el deterioro de las normas de conducta como estilo de vida por un lado, y también como arrepentimiento y remordimiento que ensombrecen la escena, dejando consternado al hombre que no acaba por encontrar lugar para cubrir su desolación.

La única salida posible que visualiza el nihilismo es el cultivo de la visión creativa en el hombre para convertirlo en un ser superior, que no necesita de paliativos como los valores y principios que lo jalen hacia un deber ser deseable o idealizado. En realidad, desde esta óptica, las cuestiones éticas y morales son parte de lo que apesta, pues constituyen un refugio para los mediocres y un pretexto absurdo para que las mayorías sigan entregando legitimidad con su obediencia el sistema injusto que prevalece en la sociedad, y que sólo favorece a los que más tienen.

Esta propuesta del hombre voluntarioso y creativo de Friedrich Nietzsche, en realidad, es una salida sin pies ni cabeza; no es posible hacer a un lado el ámbito trascendental, que es lo que fundamenta la existencia del ser humano, y pretender cimentar la convivencia – y la existencia en general – desde una perfecta interacción de la voluntad de los individuos, como si de seres fatuos se estuviese tratando. En realidad, el hombre es un ser que vive enmarcado en una visión desde donde actúa; esta perspectiva, que hemos calificado de trascendental o fundamental, contiene concepciones sobre el hombre, la vida, el bien, la verdad y el ser en general, que le dan identidad o personalidad a una sociedad, y que de acuerdo a la atención prestada a este ámbito hace que se sostenga o deteriore. El problema de la visión de Nietzsche es que parte de nociones muy restringidas del ser humano. En su escrito *sobre la verdad y la mentira en un sentido amoral* (*Über Wahrheit und Lüge im außermoralischen Sinne*, 1873) (Nietzsche, 1969) menciona que la razón es la capacidad para resolver problemas inmediatos. Idea que se apunta claramente en la dirección de razón instrumental, pues deja de lado todo lo que la razón contempla o visualiza sin un beneficio inmediato, y desde esta óptica es claro que no se puede tener una visión del ámbito trascendental.

Es coherente sostener que la verdad no existe si se parte desde el concepto de racionalidad humana, como atributo del individuo egoísta para resolver problemas prácticos; sin embargo, no es posible hacer a un lado el ámbito ontológico del hombre porque es donde se fundamenta su existencia. Los animales, dicho sea de paso, sí pueden analizarse desde una óptica simple de intereses, ya que ellos tienen resuelto lo que fundamenta

su existencia: el instinto, y con ello toda una serie de comportamientos ya inscritos en sus genes. Las personas no pueden ser analizadas desde una perspectiva práctica, a menos que se le *cuelgue* a una instancia o ser superior el cuidado del hombre. En realidad, los individuos comparten una instancia desde dónde se explica el proceso mismo de individuación: esta instancia es el ser.³ La diferencia de las personas es posible gracias a que partimos de un ámbito común. La verdad y el ser coinciden plenamente, pues todo lo que entendemos (o ignoramos) ahora nos sirve como fundamento para pensar, hablar, comunicarnos, y en general habitar y vivir como personas.

Lo que hace posible la existencia humana, y con ello la comunicación y el conocimiento, es precisamente el ámbito común que comparten los individuos. En este espacio de interacción está la expresión humana, desde donde el hombre parte para ser una persona con características propias. Y en este, precisamente, se encuentra *el ámbito de los problemas trascendentales*. Hemos traído a relucir la posición al respecto de uno de los más grandes escépticos, en apariencia, de lo trascendente en el hombre. Digo que este calificativo es aparente, pues hay quien considera que Nietzsche es, en realidad, el profeta de un nuevo precepto donde la voluntad y el arte constituyen la base de un nuevo ámbito fundamental (metafísico) en el hombre.

Al respecto dice Heidegger comentando a Nietzsche: “El arte es un ‘valor’ más alto, es decir una condición perspectivista de la «vida» más originaria que la verdad. El arte es comprendido aquí metafísicamente como una condición del ente, no sólo de modo estético como placer, no sólo de modo biológico-antropológico como expresión de una vida o de una humanidad determinada, no sólo de modo político como testimonio de una posición de poder”.⁴

Entonces, no podemos hacer a un lado lo trascendente en el hombre. El ámbito del deber ser, de los valores y los principios – donde se visualiza la verdad y la justicia – está de manera fehaciente presente en la vida de las personas. Se manifiesta en el delincuente que no quiere que sus hijos sean iguales a él; en la prostituta que desea que su hija no sea como ella. Ellos desean algo diferente para sus descendientes, porque de alguna forma perciben

³ Para ahondar en el principio de individuación desde el ser, véase: Eduardo Nicol, *Ideas de Vario Linaje*, Unam, México, 1990. p. 61-86.

⁴ Véase Martín Heidegger, *Nietzsche, Destino*, Barcelona, 2000. Tomo I (La voluntad de poder como conocimiento), p. 423. Existen muchos más comentaristas que comparten esta opinión, para muestra un botón: Barrios Casares, M., *La voluntad de poder como amor*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1990.

esta esfera que fundamenta la convivencia humana y que contiene el proceder deseado por todos para existir; espacio donde se cimienta el buen comportamiento, y que sin él sería absurdo hablar de honestidad, justicia y verdad. Sin esta dimensión, trascendente o fundamental en el hombre, el Estado sólo es un aparato fundado en la mentira y el engaño para defender los intereses de unos cuantos, donde hablar de democracia y bien común es sólo retórica y engaño.

El desgano por las cuestiones trascendentes, no es transvaloración, en realidad es el resultado de un sistema injusto que se ha montado sobre el hombre y que ofusca la mente de los individuos. En el caos donde imperan las *moscas de la plaza*, no es posible encontrar conductas deseables para el hombre. El arte es una proyección armoniosa de las posibilidades de ser, vivir, pensar o sentir a partir de un receptáculo, que al menos en teoría, garantiza el valor de la existencia humana. En el deterioro sí puede haber arte, pero sólo es una añoranza, más o menos coherente, de esto que hace posible lo humano.

El nihilismo olvida que el ser es el fundamento de la existencia y sólo lo percibe como un espacio de fuga, proyección, ensueño y enajenación. En realidad, debemos entender el ámbito trascendente (ontológico, metafísico) como aquello que fundamenta y hace posible la existencia humana en su manifestación expresiva.

La morada del ser humano

En realidad, el nihilismo como escepticismo ontológico es un fraude, pues no es otra cosa que individualismo con una fuerte dosis de ironía frente a lo común o intersubjetivo. También, y por encima de todo, el individualismo moderno es absurdo porque es anacrónico: el hombre comprometido exclusivamente con su propio bienestar sólo es imaginable en un contexto paternalista – cosmológico, donde el individuo delega su propia responsabilidad a una instancia superior. Y, por lo tanto, es necesaria una suposición premoderna para ser moderno. El individualismo y el pragmatismo tienen cabida en el mundo de los sofistas; Protágoras puede argumentar con fuerza que cada hombre es la medida de todas las cosas, porque no hace falta un frente común por parte de los seres humanos para cuidar el mundo: los dioses se hacen cargo de esta tarea por completo. La visión de Protágoras se completa con la idea que subyace en las tragedias griegas: el hombre no puede hacer nada para cambiar su destino. Así que sólo tiene que buscar el camino más cómodo; y ver de manera exclusiva por sí mismo, pues lo que crean, piensen, haga o deje de hacer por los demás no

cambiará en nada la situación. Sólo queda, pues, mirar en lo cercano o inmediato; lo que está más allá es inaccesible y no se puede intervenir.

El hombre no puede ser totalmente escéptico ante lo que fundamenta su existencia y comportamiento, pues simplemente estaría atentando contra lo que le permite vivir: las dudas más elementales le asaltarían a cada momento y la angustia consumiría todo su tiempo; sin embargo, es posible ser apático, no como resultado de un ejercicio escéptico, sino como simple exceso de confianza. Esta apatía se da principalmente por que la ciencia ha venido a fortalecer la visión del individualismo ontológico con su aparente promesa cumplida de bienestar y libertad. Digo con toda la intención, *aparente*, pues es mentira que todos tengamos acceso a la realización de estas bondades. Sólo una minoría de los seres humanos tiene la libertad de viajar a cualquier parte, trabajar por gusto, opinar con agudeza y contundencia, estudiar para conocer – y no para buscar el sustento – participar en la política por convicción. El individualismo, que en el ámbito político se entiende como liberalismo democrático, y que enarbola al hombre egoísta como la base de la sociedad, es un engaño y una farsa. Es un modelo totalmente hipócrita porque hace que el hombre se prostituya, mercantilice y enajene para lograr bienestar propio. Es una propuesta engañosa porque se fundamenta en los intereses de los individuos aislados para lograr un bienestar común (idea evidentemente contradictoria absurda); sin embargo, los intereses y la voluntad de las personas están siempre interrelacionados, de tal forma que todo lo que hacen los individuos, afecta el ambiente de la comunidad, y viceversa: el ambiente de la comunidad afecta siempre al individuo.

La moralidad tiene su origen en la fuerza de la naturaleza humana. La voluntad de los individuos en una comunidad se entreteteje para dar paso a una instancia que cobija a las personas, para dar lugar a un referente común que da la cara por todos y muchas veces es la explicación del comportamiento humano: “lo hago así porque así SE hacen las cosas”, “SE dice que no es bueno hacer esto o aquello”, “eso que haces no SE ve bien”. Esta instancia, dadora de rasgos característicos que se van concretando en el devenir del tiempo en una comunidad, tiene dos lados: una fachada está formada por las pautas de conducta más o menos comunes que ha generado la eticidad del poder; otro semblante lo ofrece la moralidad que implica el ámbito del deber ser y los anhelos del ser humano.⁵

⁵ Esta relación de moralidad y voluntad de vivir la desarrolla magistralmente el Maestro Arturo Andrés Roig, en su libro: *Ética del poder y moralidad de la protesta: la moral latinoamericana de la emergencia*. Corporación Editorial Nacional, Quito, 2002.

Si esto es así, y la voluntad de poder se pavonea (con razón) como el único referente real de la conducta humana, entonces todo es una mentira; el engaño, la astucia y el *madruguete*, son los valores que debemos atender y promover para darle movilidad a la sociedad que tiene su fundamento en los intereses egoístas de los individuos. Las interesantes ideas sobre el fundamento de la conducta humana del etólogo Frans de Waal (1996) son todo lo que se podría defender con entera legitimidad. Este estudioso de los chimpancés hace una merecida ridiculización de la política – ignoro si es a propósito del trabajo de los científicos sociales que se han quedado cortos para explicar el fundamento de la conducta humana desde la teoría de la elección racional – que me parece muy coherente si se quiere explicar el comportamiento humano en sociedad tan sólo por los intereses egoístas, y bajo el cobijo de una inteligencia práctica e inmediata. Waal (1996) explica que el comportamiento de los políticos, cuando establecen alianzas y acuerdos entre otros grupos de la esfera pública, es idéntico al de los animales que él estudia: ambos grupos de individuos crean estrategias y pactos para mantenerse en el poder.⁶ El único fundamento de un posible acomodo en el comportamiento social – animal – es la voluntad y la fuerza para subordinar los intereses de los demás.

En realidad, creemos que si no hay algo más que los intereses egoístas entrelazados de los individuos, entonces, no hay posibilidad de pensar en un ámbito humano para la convivencia pacífica. Las personas requieren de un espacio de convivencia garantizado por el valor intrínseco de los miembros que la habitan. *La morada del ser humano*, sólo puede sostenerse desde la observación activa de la moralidad de las personas. La moral de un pueblo, siempre acompaña a los individuos de una sociedad a pesar de la generación de pautas generalizadas de conducta entorno a la eticidad del poder. La moralidad se presenta en los anhelos y buenos deseos de una comunidad; la voluntad de vivir se hace presente en la visión buena que se tiene en una comunidad y que permite a los individuos comportarse como personas.⁷ Las pautas de conducta, que conforman los mecanismos de sobrevivencia en una sociedad injusta como la nuestra, no son todo lo que somos; también existe esa visión bondadosa, en la que insiste Roig, y que hace que los

⁶ Véase, Frans de Waal, *Chimpanzee Politics: power and sex apes*, Johns Hopkins University Press, US, 2000.

⁷ Arturo Andrés Roig relaciona la Eleuteria con la libertad, ya que sólo se puede ser libre cuando se tiene una perspectiva buena del ser humano. Una visión negativa sólo puede ser controlada mediante coerción, y por lo tanto no es libre.

padres de familia (¿aún?) no quieran cultivar en sus hijos los valores de la transa, el engaño y la marrullería, sino que deseen que ellos sean honestos, sinceros y valientes. Precisamente esa visión, aún buena de las personas en nuestra sociedad, es la que hace posible la *Morada del ser humano*; sin este receptáculo moral, hace ya mucho tiempo que las sociedades humanas se hubiesen extinguido.

Así pues, lo que sostiene nuestra sociedad en realidad, no es el sistema político que tenemos, ni siquiera son los sinvergüenzas que se benefician *a manos llenas* de la actuación del Estado, y que obviamente participan directa o indirectamente en las decisiones del gobierno; lo que realmente sostiene nuestra sociedad es ese ámbito que le hemos llamado trascendental, – pues fundamenta y hace posible la existencia social – al cual sólo se puede acceder por medio de la reflexión profunda y detenida de los conceptos elementales.

La filosofía social

La ciencia política actual ha estado marcada por el espíritu empirista – positivista desde sus inicios. Entendiendo por política solamente el arte o la ciencia de gobernar con el apoyo, en el mejor de los casos, de estudios sobre el comportamiento intersubjetivo, la ciencia política se ha convertido en la disciplina para formar tecnócratas. Se dice que Maquiavelo es el primero que visualiza este quehacer o campo de estudio, desconectando las preocupaciones éticas, que fundamentan el comportamiento de la sociedad, de las tácticas de gobierno. Su obra, *El Príncipe*, es un manual de cómo gobernar sin dejarse llevar por mojigaterías morales. Aparentemente aquí arrancan los estudios serios sobre el poder y el gobierno, entendiendo por esto a todas aquellas exploraciones sobre esta temática que tienen como finalidad ofrecer estrategias y herramientas (metodológicas y conceptuales) para facilitar las labores de administración pública. He dicho que aparentemente, pues desde el siglo de Pericles (V a.C.), con los sofistas, surgen los “tecnócratas”: que eran preceptores o guías que facilitaban las labores de gobierno mediante la enseñanza de habilidades como la retórica y la oratoria. Platón en su *Apología de Sócrates*, nos muestra la lucha de su maestro por no dejarse llevar por la mentira y el engaño, – pautas de conducta muy comunes en la *polis* griega debido precisamente a la actuación de los dirigentes – de tal suerte que termina tomando la cicuta para no ser incoherente con lo que había enseñado durante su vida. Si Platón hubiera aceptado la ayuda que le ofrecían sus amigos para que evitara el juicio, entonces sus enseñanzas sobre la justicia, el amor y la virtud hubiesen

quedado en entredicho, y su afán por restaurar el *Ethos* de la *pólis* griega habrían sido en vano: su crítica sobre la incoherencia y doblez de los sofistas se habría vuelto contra sí mismo. Entonces, la ciencia política, como el estudio sobre el arte o ciencia de gobernar, tiene sus raíces en la práctica política descomprometida e irresponsable con la comunidad en general y ha visto en el individuo egoísta el único referente real de las acciones del gobierno.

La filosofía política por su parte ha quedado rezagada por incluir estudios que involucran cuestiones éticas y antropológicas, y que, por su visión general, no permiten centrarse en la producción de resultados realmente útiles para el ejercicio de gobierno. Esto es cierto desde una visión tecnocrática que busca resultados prácticos para la actividad pública, pero si se quiere una visión completa de la problemática social, son necesarias ambas perspectivas: una que vea hacia la generalidad y la teoría, y otra que indague a un nivel inmediato y práctico sobre el ejercicio del poder. Al respecto dice Umberto Cerroni (1986, p. 19): “Es necesario reconocer, por tanto que si los filósofos han visto a muchos de sus bajeles irse a estrellar contra Escila, Caribdis por su parte ha desvencijado a casi todos los navíos del moderno sociólogo de la política.” Tanto los filósofos como los “científicos” sociales han hecho estudios sobre los problemas sociales, sin embargo las investigaciones de los primeros tratan de llegar hacia los principios de la naturaleza humana que sostienen el comportamiento social; mientras que los segundos, considerando la búsqueda de principios una tarea absurda e inútil, se dedican a describir a la sociedad en su historia tratando de encontrar estrategias o recetas que faciliten el análisis, control y entendimiento de la vida social. Con razón dice Cerroni (1986) que, si los filósofos han tenido descabros, los sociólogos de la política han corrido con una suerte peor; pues si bien los tratados sobre lo que fundamenta la conducta social – preocupación constante en los ensayos de filosofía política – han sido constantemente cuestionados, los trabajos sobre las artes del buen gobierno, una vez pasados de moda, son completamente ignorados.

Existen muchos pensadores que consideran que la filosofía es necesaria para no dejar de lado los problemas fundamentales de la sociedad. L. Strauss sostiene que, si bien la filosofía no posee la verdad, sí la busca, y en eso radica su riqueza (Lévi, 2004); el hombre tiene que buscar constantemente una visión de sí mismo (dando respuesta a qué es, a dónde va, qué se debe hacer, etc.), y *los ingenieros sociales* han aniquilado esta posibilidad en sus esfuerzos por entender la sociedad desde lo práctico y utilitario. H. Arendt (1993) hace un llamado también en este mismo sentido, argumentando que si se hace a un lado la filosofía social no podremos ver con claridad el

rumbo a seguir del ser humano: la verdad como horizonte significativo en el hombre desaparece de la visión corta de la ciencia política.

Los defensores del egoísmo racional y los teóricos del sistema han encontrado eco en los ingenieros sociales, y esto es lógico pues ambas posiciones se derivan de la desconfianza en el hombre como persona: si no existe una morada del ser humano, sólo es observable el individuo o la masa. La duda en que el hombre es algo más que un simple animal que busca satisfacer sus intereses egoístas ha calado hondo en las ciencias modernas; desde esta posición sólo se puede abordar lo social como el espacio donde se da la lucha de intereses de los individuos, y las instituciones, leyes y entidades sociales son tan sólo una mampara para ocultar de la mirada general los verdaderos movimientos de los *beneficiados del sistema*.

Dejar de hacer filosofía sobre los problemas sociales es seguirles el juego a los escépticos del ser humano, es dejar que en nombre de la ciencia se aniquile la verdad; cosa vergonzosa pues la búsqueda de la verdad es lo que le da sentido desde sus inicios a la actividad científica.⁸ Es importante, pues, hacer filosofía social. Los problemas generales de la sociedad deben ser abordados también desde la filosofía para que la visión sobre lo humano de las personas no se pierda. No se puede negar que las ciencias sociales han avanzado mucho y han logrado dar resultados dignos de alabar, sin embargo, no podemos quedarnos solamente con estos estudios pues negaríamos la posibilidad de recrear y alimentar la visión del ser humano; nos quedaríamos con una marcada tendencia hacia ciencia instrumental cimentada en un escepticismo ontológico, ético y antropológico.

⁸ Para ahondar sobre la vocación del hombre y la verdad: *La Vocación humana* del Maestro Eduardo Nicol, El Colegio de México, México, 1953.

REFERENCIAS

- ARENDDT, H. *Between past and future*. USA: Penguin Books. 264p., 1993.
- CASARES, B. M. *La voluntad de poder como amor*. Barcelona: Ediciones del Serbal. 160p., 1990.
- CERRONI, U. *Introducción al pensamiento político*. México: Siglo XXI, 17ª edición. 85p., 1986.
- HEIDEGGER, M. *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial. 240p., 1996.
- HEIDEGGER, M. *Nietzsche*. Barcelona: Destino, Tomo I. 423p., 2000.
- LÉVI, C. *Strauss Antropología Estructural*. México: Siglo XXI, 23ª ed. 240p., 2004.
- NICOL, E. *Ideas de Vario Linaje*. México: UNAM. 448p., 1990.
- NICOL, E. *La Vocación humana del Maestro*. México: El Colegio de México. 352p., 1953.
- NIETZSCHE, F. Von den Fliegen des Marktes, en: NIETZSCHE, F. (1994). *Also sprach Zarathustra*. Stuttgart: Reclam. 532p., 1994.
- NIETZSCHE, F. *Das Philosophenbuch/Le Livre du philosophe*. Paris: Ed. and Trans. Angèle K. Marietti. Aubier-Flammarion. 252p., 1969.
- ROIG, A. A. *Ética del poder y moralidad de la protesta: la moral latinoamericana de la emergencia*. Quito: Corporación Editorial Nacional. 194p., 2002.
- WAAL, F. *Good Natured- the origins of right and wrong in humans and other animals*. MA, US: Harvard University Press. 296p., 1996.
- WAAL, F. *Chimpanzee Politics: power and sex apes*. US: Johns Hopkins University Press. 235p., 2000.

Submetido em 26 de maio de 2017.
Aprovado em 4 de julho de 2017.